

Trece ensayos y tres temas: *Sitio a Eros* de Rosario Ferré. México: Joaquín Mortiz, 1980.

Sitio a Eros es un aliento iracundo, oportuno y necesario. El subtítulo nos define la obra como "Trece ensayos literarios". Contra eso no hay querrela, así lo ha definido la autora. Pero el libro es algo más que eso. Hay quien pudiera, como en este caso, atreverse a reseñarlo por su contribución extraliteraria, por ser un testimonio y una reflexión personal sobre una temática que atañe a la Ciencia Social de una manera inescapable. Y es que hay en nuestras latitudes gran ira femenina mucha de ella atada al lastre de la culpabilidad, de la autodestrucción, y de la frustración avasalladora. Los ensayos de Rosario Ferré intentan superar tales secuelas. Y lo logra. Que esté logrado tal propósito desde un texto literario no es extraño; la literatura le lleva gran ventaja a la Ciencia Social por ésta última tener que lidiar con lo que se le constituye como evidencia, y por otra parte, por las mezquindades del mercado de lo aceptable. En nuestro país, el proceso es aún más insidioso, la Ciencia Social culipandea antes de atreverse a mostrar un gesto desafiante. Dicho lo anterior, resulta aún más extraño que sea un psicólogo quien quiera consignar una opinión sobre la obra de Rosario Ferré, si bien no es para hacer psicología descualificante y reduccionista, sino para evitar que se cosifique el clamor de este libro con estrechos cánones deshumanizantes.

El libro está dedicado a la hija de la autora "por la ferocidad de su esperanza". Luego de eso nos lanza de lleno a lo que le concierne, ya de un modo más explícito, enfrentándonos a una cita de Erica Jong (la de *Fear of Flying*). En la misma se hace el recuento de las heroínas con pies de barro, de las malsanas dependencias de las grandes mujeres (debemos también añadir, de algunas pequeñas) en sus hombres, de las vacilaciones y timideces, de las soledades y de toda una lamentable ristra de destrucciones. La cita concluye con: "Las mujeres que más admirábamos eran casi siempre solteras o suicidas. ¿Será ese el término de nuestro camino?" (Jong, p. 9). Tal planteamiento sólo puede pasarse por alto si leemos la obra de Jong como una falsa conciencia. Ferré nos lo quiere evitar a todo costo. Y hace bien.

El libro contiene cinco secciones sobre problemáticas encarnadas en varias creadoras que a juicio de la autora ameritan una reflexión. La primera sección consiste de dos ensayos. El primero es sobre un problema central a la creación en tanto el creador se coloca en una situación marginal respecto al mundo social: la autenticidad. El otro ensayo trata sobre un género olvidado y vilipendiado pero que nos ha legado un registro del proceso de liberación personal o bien del establecimiento de una identidad

por vía de la reflexión: el diario personal. Por lo anterior, alegra ver que la literatura testimonial reciba la atención de la autora. Por la importancia que tienen dichos textos en la reconstrucción del proceso ideológico de la individuación-en-contexto deberán ser foco central del analista de lo social.*

La segunda sección nos ofrece tres ensayos. Uno sobre Mary Godwin Shelley, autora de *Frankenstein, Un Prometeo Moderno*, que bien pudiera resumirse con la frase "de lo monstruoso en la esclavitud". Luego otro sobre la legendaria George Sand, amante y enemiga de la Europa burguesa, que sugiere llamarlo "de la sagrada institución del amor libre". Finalmente, un ensayo sobre Flora Tristán, la activista precursora de tantas luchas que llamaremos "el camino de la igualdad". La tercera sección contiene cuatro ensayos, divididos en dos polos en cuanto a la amplitud del compromiso ideológico-político de las creadoras. Los primeros dos manejan las renombradas Jean Rhys, de grata recordación en su obra *Wide Sargasso Sea*, y Anais Nin, más conocida por su vida hecha diario que por el resto de su obra literaria. Los otros dos ensayos, el polo comprometido a las luchas sociales, manejan aspectos de las contribuciones de Tina Modotti (quizás también más conocida por su relación amorosa con Juan Antonio Mella que por valer propio, o como apunta Ferré, por el "esteticismo" de sus fotos que por su lucha feminista y obrera), y de Alejandra Kollontai de cuyo ensayo de 1923, *Sitio a Eros Alado*, la autora toma el título del volumen, y quien bien puede considerarse la fundadora del diálogo en lo que se ha dado en llamar la "crisis sexual" de nuestra época.**

* La literatura testimonial no se limita al diario. Deben incluirse la memoria, la autobiografía, los récits de vie, las historias de vida y algunos tipos de entrevista. Han sido los historiadores de toda persuasión los que la han sabido aprovechar (desde el documentalista hasta los que hacen historia oral). Le siguen los críticos literarios. Los científicos sociales no se han quedado atrás, aunque con rezago en nuestro país. Lejos de ser trabajos esotéricos, estos escritos constituyen corrientes importantes en la generación de atisbos e hipótesis hasta la década de los cuarenta. O. Lewis la revive aunque con resultados no siempre respetables para México, Puerto Rico y Cuba. Langness (1965) es capaz de listar más de 400 referencias antropológicas para la historia de vida solamente. Barnet realiza una magnífica contribución con su *Biografía de un Cimarrón* e intenta, sin tanta eficacia, un género entre la ficción y la sociología que el denomina novela-testimonio (véase *La Canción de Rachel*). La América Latina ha producido magníficos ejemplos del alcance de dichos documentos (desde Juan Pérez Jolote de Pozas (1960) y *Hacer la América* de Marsal (1969) hasta *Si me permiten hablar ... Testimonio de Domitila* compilado por Viezzer (1978). En Puerto Rico sobresalen el ensayo biográfico sobre "Plácido" de E.M. de Hostos, la historia de Vida de don Taso (*Worker in the Cane*) de Mintz (1960), los récits de vie de Julio Gerena el espiritista que recogió Seda Bonilla, la *Historia de Dominga Cruz* por M. Randall (1979), y en último, pero muy sobresaliente lugar, *Las Memorias de Bernardo Vega*, editadas por C. Andreu Iglesias (1979).

** Hemos deliberadamente obviado el esquema freudiano psicoanalítico por su prejuicio masculino y de clase. Este es un intento de *scientia sexualis* que termina en un discurso hegemónico sobre la pan sexualidad y la medicaliza. Lo que pudo ser liberación acaba en una nueva forma de represión contra la mujer. Nos referimos aquí a su aplicación contemporánea en nuestro medio.

La cuarta sección del libro nos reserva un destellante ensayo sobre la poeta norteamericana Sylvia Plath, que aprendimos a conocer, desgraciadamente, por el sensacionalismo que sucitó su suicidio y no por su obra.*** La autora titula ese ensayo "Las bondades de la ira", y en él redescubrimos el tema femenino como crucial cuestión social. Este ensayo, más prolongado y profundo que los anteriores, es certero y cáustico en lo que atañe a la Ciencia Social. En la sección también hay un ensayo —carta a Julia de Burgos**** que nos decepciona sin que ello se constituya una falla crasa del libro. Además, hay una nota ensayística sobre Lillian Hellman en lo concerniente a su lucha contra el macartismo pero con nada más sobre su obra o vida (No entra en *Pentimento*, o su teatro y se limita a *Scoundrel Time*). La última sección (quinta), cierra el libro con un ensayo el cual intenta reivindicar a Virginia Woolf.

El libro de Rosario Ferré es, además, un excelente vehículo de divulgación, de provocación para los investigadores, desmitificador de los endiosamientos y sembrador de inquietudes. Carece de impenetrabilidad, mantiene abierta la comunicación con el lector. Incita.

En "la autenticidad de la Mujer en el Arte" la autora comienza con una aseveración de Virginia Woolf sobre lo que el futuro le hubiera deparado a una mujer escritora en el Siglo XVI. El pronóstico de V. Woolf, en palabras de Ferré, es que de haber intentado cuajar tal vocación "hubiera acabado sus días...medio bruja, medio hechicera, objeto del temor y de la burla" (p. 13). Intolerada por ser fugitiva del nicho que le tenían reparado, su trayectoria se hace un "torbellino" anímico. Aún hoy, sin poner reparos sobre el hipotético caso —eso es cierto, y la autora, como Virginia Woolf, lo sabe muy bien. A la vocación literaria y a su realización se le antepone la fundamental tarea de desarrollarse como persona completa. La ensayista nos apunta con tino que el problema de la libertad material, la externa, a menudo aparenta ser igualdad, proclamada como en nuestro país desde los días de liderazgo legislativo de María Libertad Gómez y los de cacicazgo municipal de Felisa Rincón. Esa externa y a veces aparente igualdad no debe engañar. El aspecto más determinante es el de la libertad "interior" (p. 14): la ideológica. Como en la lucha de clases, no basta lo "en sí" del asunto, se requiere que la mujer pueda utilizar esa libertad material-externa "para sí" y para los de su clase. Adquirir una conciencia plena es entonces hacerse impermeable o exorcizarse la ideología dominante, rechazando los

*** Alvarez en su *The Savage God* también reduce a S. Plath a un caso clínico. La utiliza para ejemplificar el suicidio y la depresión. Ese libro hizo uso de la poeta norteamericana para popularizar una mediocre historia del suicidio y para ventilar sus propias experiencias disfóricas, las cuales no tienen mayor interés clínico ni social.

**** El ensayo parece muy parco para la riqueza que ofrece Julia de Burgos. Además, no maneja lo racial con la profundidad que amerita. Solamente aparecen dos tímidas menciones del adjetivo "trigueña".

esquemas que se le ofrecen como concesiones.

El anterior es un atisbo crucial, indispensable para una fenomenología de la liberación. Los que nos hemos dedicado a la psicoterapia sabemos de las muchas bajas ante ese pelotón de fusilamiento. Ante él sucumben miles de trabajadores (hombres y mujeres) puertorriqueños por consumir el esquema que se les ofrece como opción. Es interesante apuntar que el sistema de producción que rige no reconoce de sexos, en última instancia, sino de meros instrumentos para su perpetuación. En el caso de la mujer el intento de seguir el escabroso sendero del varón la lleva a una encerrona: pierde si no lucha y si lucha pierde. ¿Cuál es entonces la salida? La autora la señala bien: la conquista de esa libertad interior, la toma de una conciencia para sí. Eso que Ferré llama la capacidad (¿incapacidad?) de la mujer de "castigarse a sí misma", es lo más común en la consulta psicoterapéutica. Así lo consigna la autora: "La mujer que intente escapar al destino de su cuerpo, escogiendo la mente por sobre el corazón, se verá condenada a la culpabilidad. La mujer que se somete al destino de su cuerpo, dándole prioridad a los instintos por sobre las necesidades de su intelecto, se verá perseguida por la frustración. De una manera o de otra, su destino será desangrarse. Una vez más la agresividad es lo único que puede salvarla, y debe, por lo tanto, tener el valor de adueñarse de su mente y de su cuerpo, por encima de las consecuencias que esta decisión implique" (p. 111).

Ante esa encerrona la mujer hace lo posible dentro de lo que trae como equipaje personal, se agarra a lo que fue(es) instrumento de su dominación: una afectividad sin límites que se ha fraguado históricamente al calor de la renuncia y la negación. Sin embargo como toda arma que se esgrime para aniquilar, puede volverse contra quien la esgrime. Esa afectividad es capaz, tal como hoja de dos filos, de proveer defensa y triunfo. Más no deja de ser peligrosa estratagema, sobretodo cuando se localiza dicha afectividad en el hombre como único objeto ideal, como "príncipe azul". Es ahí donde lo de la autenticidad entra en juego pues la voz les "suena falsa" por no haberse apropiado de esa cultura de dominación para hacerla instrumento provechoso. Al llevar la ideología dominante al delirio del amor romántico, del matrimonio o de la unión de conveniencia se tornan en sus propias represoras.

Enfrentada a la anterior disyuntiva se convierte en un ser en tránsito: liminar. Entra al umbral de las opciones y esto la margina de las "sagradas" instituciones. Y es que los dogmas de lo social suelen tomar apariencia numinosa, sagrada. De tal modo se simboliza aquel que se atreve ir hasta los umbrales, se le torna *tremendum* y *fascinans*, a la vez. Fascinante como la ira de algunas de las heroínas discutidas en el libro, monstruosas como las creaciones de otras. El caso está quizás mejor ejemplificado en las creadoras por ser manejadoras de simbolismos y retadoras de las antinomias, por manejar la desigualdad donde están insertas desde el interior, desde su subjetividad. La penosa invisibilidad del no reconocimiento social las

planta en ese umbral. Se encuentran en un punto intermedio que no les permite ser clasificadas como "mujer" y no ser clasificadas como "hombre". Por eso el gran reto que se les lanza a modo de golpe mortal: mujer u hombre. Recordamos aquí lo que en corrillos literarios se ha murmurado sobre Julia de Burgos y de los ataques que recibiera de los poetas "nacionales" de su tiempo.

Al retar los sagrados dogmas que pretenden representarlas se les lanza todo tipo de imágenes biológicas de descomposición ("machorras" en el viejo argot, "machotas" en la nueva jerga).***** Se les intenta capturar como cosas. Han violado el divino orden, se atreven a admitir las limitaciones de la maternidad. Se elabora una nueva red de lazos simbólicos para detenerlas. La desproporción y la monstruosidad se yerguen como guardianes que quieren volver a colocarlas en el pedestal de donde huyeron cual vírgenes renegadas, inmerecedoras de toda devoción. Se elabora la famosa teoría del misterio inexplicable de la mujer, de su veleidosis. Como abstracciones, caricaturas mitificadas, se les ofrece la sujeción. Lo grotesco viene al auxilio del orden social para restaurarlo.

Dados estos giros parecen infantiles simplismos los estudios de los roles (la "role theory" de la Ciencia Social norteamericana) sociales que se han querido aplicar al estudio de la mujer en nuestro medio. Reducir el análisis que hace Rosario Ferré a ese plano resultaría en hacer de lo ideológico mera conducta, convertir lo simbólico en arco reflejo. Nuevamente, los vericuetos de la realidad humana quedan iluminados por el literato, en vez de ofuscados como en alguna ciencia social.

La autora apoya a Anais Nin en cuanto a que la mujer escritora ha de usar su literatura para liberarse re-inventándose, haciendo de su *métier* uno que le exorcise los demonios. Debemos añadir que eso aplica a cualquier escritor, no solamente a la mujer, pero más agudamente en su caso. Ese es el hilo que hilvana el volumen.

El segundo ensayo, "El diario como forma femenina", viene a apoyar su primer planteamiento. El instrumento del creador ha de ser utilizado para inventarse, para hacerse y deshacerse, en esa dialéctica que es la identidad—no la momificada cosa que muchas veces la Ciencia Social ha querido hacer de ella— liberándose de las determinantes sociales que son consideradas en cada época como destino. Vale apuntar algunas consideraciones paralelas en defensa de ese género que van más allá de las discutidas por Ferré. El diario personal es posiblemente el documento preferible para la pesquisa de los procesos de la conciencia y la forjación de la identidad. A pesar de sus limitaciones teóricas algunos psicoanalistas lo han utilizado como eficaz vehículo. Otros, con modificaciones, lo han aprovechado como vehículo

***** Víctor W. Turner ofrece una elaboración sobre las ideologías que se desarrollan en torno a la marginalidad así como sus contenidos rituales. Véase "Betwixt and between: The Liminal in Rites de Passage".

exitoso para la revisión personal (I. Proffoff). Además de las bondades que señala la autora, el diario personal provee un sinnúmero de avenidas a la investigación psico-social. En primer lugar, nos ofrece texto para examinar las transformaciones y permanencias que se realizan en la elaboración de una identidad personal. También permite el reconocimiento de la historicidad de la trayectoria personal. En segundo lugar, dicho texto permite ubicar al autor en contexto concreto y particular, libre de ciertos tipos de censuras (aunque nunca libre de toda autocensura).***** Como documento de inclinación subjetivista y personalísima nos facilita el examen de los procesos de la formación y desarrollo de lo "ideológico", sus representaciones sociales, el lugar que ocupa lo imaginario y las coyunturas con el particular momento y lugar. En último lugar, pero no menos importante, nos permite el escrutinio de lo cotidiano y sus incidencias, atándolo a temáticas personales y socioculturales.

Puesto que la experiencia humana es concreta, llena de contradicciones, incertidumbres y vacilaciones, el uso de este tipo de documento provee una manera de realizar la trabazón entre los aspectos macro y micro estructurales. Si esto último se realiza se viabiliza una etnosociología dialéctica, histórica y concreta, fundamentada en la experiencia humana (véase a Bertaux, "L'approche biographique," 1980).

El objetivo de Ferré es realizar ensayos literarios, mas al hacerlo y hacerlo bien, tiene lecciones para el científico social que aún no ha superado el fetiche técnico del test y el cuestionario. El diario, precisamente por ser un memorial, tiene un gran apego a la realidad por vía de la autoreflexión, realidad que se descubre, cambia, "se inventa". Como bien afirma la autora, el diario es el "lugar secreto" donde se encuentra la autenticidad. O como añadimos nosotros, donde los simbolismos de la marginalidad pueden verse sobre sí mismos. Ferré también nos cita a Blanchot para dejar claro que el diario es "una defensa" para el escritor contra los peligros "de la escritura". Para no perderse a sí mismo en las "profundidades de la obra" y mantenerse alerta a la realidad cotidiana.

No todos los ensayos del libro están a la misma altura. Quedan trancos, a nuestro parecer, aquellos sobre Flora Tristán, Tina Modotti, la carta-ensayo a Julia de Burgos y el de Lilliam Hellman. Y lo están, posiblemente, por impuestas limitaciones de la autora que interesaba resaltar aquellos aspectos que fortalecieran la unidad del volumen. Sobresalen aquellos que versan sobre Sylvia Plath y Virginia Woolf, quizá por afinidades con la autora, y además, porque en ellos los temas de la ira y el oficio se entrelazan y

***** Las censuras son siempre reveladoras. Me acuerdo de lo que contaba una investigadora que le preguntó a los miembros de una comunidad puertorriqueña si conocían los nombres de líderes políticos de una lista. Una sola persona, marginal de por más, reconoció el nombre de Pedro Albizu Campos. Toda la comunidad sufrió represión durante los sucesos del 1950.

logran una síntesis verdadera. Esos últimos son verdaderos retratos por lo logrado de su técnica y contenido. Los previamente mencionados, que consideramos trancos, son, en contraste, meras instantáneas. El saldo, sin embargo, es magnífico.

Tres temas centrales proveen la armazón de *Sitio a Eros*: la sexualidad como expresión concreta de la afectividad, la praxis —política y dirigida en unas (Tristán, Kollontai, Modotti, Burgos), o meramente reflejadora de una condición (Godwin Shelley, Rhys, Plath, Hellman, Woolf)—, y el oficio de escritor y sus vicisitudes. En muchos casos una misma autora ilustra varias temáticas, aunque en algunos ensayos el tema es único. Se debe notar que los ensayos sobre Plath y Woolf abarcan los tres temas además de otras consideraciones.

Se imponen algunas reflexiones sobre los contenidos del libro. Primeramente nos parece que el tratamiento de lo propiamente sexual es aleccionador por varias razones. Ferré considera la sexualidad como la representación concreta de los afectos en la particular localización estructural de la mujer. Cuando dicha afectividad está capturada, como hemos esbozado anteriormente, la liberación por la vía exclusiva de la sexualidad conlleva riesgos pero es a la vez condición **sine que non** para deshacerse de los atavismos. Esta trayectoria, aún cuando dolorosa y escabrosa, ilustra los peligros de la sublimación, no ya de corte religioso (Gracias a Dios), sino a la disciplina neopuritana del burocratismo revolucionario (véase Modotti, Kollontai, Tristán). La represión no se logra necesariamente con cinturones de castidad externos; la culpabilidad, como ya nos advirtió la autora, ejerce la gran función de ser la mejor castradora. Nos parece que para lograr un tratamiento exhaustivo del tema Ferré tuvo que hacer hincapié en las desmitificaciones que algunas de sus heroínas llevaron a cabo con sus actos de desafío. El caso de George Sand es ilustrativo. Ferré tiene lo siguiente que decir: “para George Sand el pecado capital, el pecado imperdonable, no era cambiar de amante: era darse a un hombre por interés material, fuese éste el propio marido” (p. 51). Desemascarar la prostitución respetable es una gran contribución. No en balde los insultos que se le lanzaron de “emancipatriz”, “libertina”, “laxa” e “irresponsable”. (Este último epíteto proviene de quien menos puede: Balzac.)

Sobresale en esta dimensión la contribución de Alexandra Kollontai quien deberíamos divulgar activamente en nuestro medio por la conjunción de lo político y lo sexual que logran sus escritos hasta penetrar la raíz del problema de la relaciones que se definen por la propiedad privada. Condenada por sus desviaciones, hay que discutirla hoy en día dadas las burocratizaciones en el campo socialista.

La argumentación descualificadora lanzada contra ella en su día se refugia en la psicopatología, en lo impropio y escandaloso de su conducta y en la vieja tara de la virginidad (Léase la réplica de Lenin, p. 94). El caso

Kollontai contiene posiblemente toda la expresión de la resistencia al cambio que se dan en el seno de las luchas feministas. El juicio de Ferré: "La mujer que encuentre la voluntad de vivir, de trabajar, de crear, es la mujer verdaderamente liberada. Para ella el mundo ya no se encierra en el círculo estrecho de las emociones amorosas". (p. 91)*****

El tema de la praxis tiene dos senderos en *Sitio a Eros*. Primeramente están aquellas mujeres que unieron su lucha femenina a las más amplias reivindicaciones sociales (Tristán, Modotti, Kollontai, Burgos), y luego aquellas cuya praxis consistió eminentemente en reflejar la condición de la mujer y de su particular herencia (Godwin Shelley, Rhys, Plath, Hellman). Merece mencionar algo sobre estas últimas cuyo testimonio está atado, con gradaciones en el nivel de conciencia, al tercer gran tema de la obra: el oficio de escritor. Debe hacerse referencia a la oposición que suscitan. Dos ejemplos bastan. En los casos de Plath y Woolf sus denuncias al servilismo han querido despacharse con acusaciones de locura y desequilibrio mental. En el primer caso (Plath), por su madre, y en el segundo, por su sobrino y biógrafo oficial. Ferré está muy alerta al uso de tales mecanismos descualificadores y consigna los ataques a la "Virgen de Acetileno" (Plath) por parte de Spender quien le quiere restar mérito a su producción literaria por haberla escrito en un "trance neurótico". También nos señala la petulancia de I. Howe sobre V. Woolf: "El cuadro de la desintegración de la mente no constituye un valor artístico en sí mismo" (p. 101). A ambas se les quiere reducir a "personalidades femeninas" que produjeron bajo los efectos de un estado alucinante.

Este intento descualificador está relacionado por la autora a lo sucedido con las poetisas latinoamericanas en manos de sus críticos. Sin negar la posible deformación espiritual de las creadoras que discute Ferré, nos relaciona los aspectos monstruosos (lo **tremendum**) de sus vidas con la resucitada y deformada Lady Lazarus de Plath. Por nuestra parte no podemos dejar de apuntar la relación que existe entre esas producciones monstruosas y algunas de las expresiones de ficción de la autora en su libro *Papeles de Pandora* (particularmente su "Muñeca Menor"). La prensa comercial y alguna publicación especializada han popularizado los suicidios de estas y otras escritoras intentando proyectar una moraleja falsa parecida al vulgar "el crimen no paga".

El último tema de la colección de ensayos de Rosario Ferré amerita una breve consideración. La autora nos advierte: "el escritor femenino no existe: la voz... el estilo... tradicionalmente identificado a lo intuitivo... no es sino un mito más creado por los hombres" (p. 99). Para desvirtuar su ira y su lucha, nos atrevemos a añadir. A pesar de todo lo anterior, el libro adolece de

***** No es lejana ni extraña esta polémica en nuestra izquierda. En la década pasada llegó a utilizarse en los debates el término de "revolucionarios de clítoris".

no presentar protagonistas de la clase obrera, posiblemente por afinidad de la autora con las que seleccionó o bien por la poca divulgación que reciben las escritoras de origen proletario (Dudo que la segunda razón haya sido tomada en consideración). Hubiera sido provechoso contraste ver proletarias en papel protagónico. Tal cual apuntara una distinguida universitaria... "uno de los grandes vacíos del libro es que ilustra el 'sitio' a la sexualidad y al ser femenino con las experiencias de las mujeres de una clase minoritaria en número..." Y añade luego, refiriéndose a la breve mención de Carolina, María de Jesús (*Cuarto de Espejo*): "... vemos como las agonías cotidianas que pinta su diario no coinciden ni siquiera con las de T. Modotti, Flora Tristán o Kollontai, no empece a que estas intentan tomar la perspectiva proletaria. No es lo mismo ser proletaria que intentar trabajar a favor de las luchas proletarias. En estos diarios proletarios el espectro del hambre, las preocupaciones de la sobrevivencia física, ocupan un lugar destacado. La preocupación por la opresión sexual emerge, pero emerge junto a la condena de la explotación". *****

Aún así Rosario Ferré subvierte un orden en el discurso anti-femenino y feminista. Su obra es un jalón importante en el desarrollo cultural puertorriqueño. Es ya tiempo que la mujer pase el umbral y entre de lleno a la participación en la igualdad.

Antonio T. Díaz-Royo
Baltimore, Md.

***** Comunicación personal de la Prof. Ruth Silva de Bonilla en reacción al primer borrador de esta reseña. No fue ese el único punto señalado por la profesora, pero es, en mi opinión, el central de sus observaciones.